

Planteos sobre la oración

Qué hace nuestro cerebro cuando estamos rezando

Dilema. ¿Hay condiciones neurobiológicas para tener fe o es un hábito derivado de la cultura?

Facundo Manes
 Director del Instituto de Neurología
 Cognitiva y del Instituto de
 Neurociencias de la Universidad Favaloro.

Miles de personas se congregan cada día aquí y en el mundo para orar, pedir o agradecer en derredor de un templo, una figura o una idea de ser que nos trascienda. Es allí también donde muchas veces se deposita la esperanza de un trabajo que lleve a la mesa el pan de cada día, la sanación de un ser querido o el deseo de la vida eterna ante el desamparo de un triste fallecimiento.

Datos antropológicos ponen énfasis en la universalidad de la búsqueda de un ser superior entre diversos grupos de culturas primitivas y avanzadas durante muchos miles de años. Para algunos, esta universalidad podría interpretarse como sugerencia de que algunas estructuras básicas en el cerebro necesitan de Dios. Otros argumentan que la religiosidad es un artefacto de la evolución.

Y aunque se trate de un tipo de pensamiento extendido y milenario,

las neurociencias durante mucho tiempo han sido renuentes a la investigación científica sobre la espiritualidad. El estudio de las bases neurales de la religión recién está empezando a ser un tópico aceptado de investigación dentro de las neurociencias cognitivas. Es así como la Universidad de Oxford ha creado un centro multidisciplinario que estudia las bases neurobiológicas de las creencias (religiosas u otras) y cómo éstas afectan nuestros estados de conciencia y sentimientos.

Diferentes grupos de científicos han utilizado las neuroimágenes funcionales (una técnica de investigación que permite medir la actividad cerebral) para observar los cambios que ocurren en el cerebro cuando una persona tiene una experiencia religiosa. Por ejemplo, en un experimento se examinó la actividad cerebral cuando las personas rezaban. Aunque estos ensayos pueden pecar de reduccionistas y producir una comprensible controversia, permiten generar un riquísimo debate sobre si el cerebro humano está programado para tener fe o si es una habilidad mental que el cerebro humano desarrolló a través de la cultura.

La pregunta a la que pueden remitirse los estudios neurocientíficos no se corresponde con cuestiones ligadas a cada una de

las creencias religiosas, sino a temas más básicos: ¿por qué los seres humanos experimentamos la religión? ¿Qué procesos neurales se activan en el tránsito de esa experiencia? Por ejemplo, durante la meditación, los lóbulos parietales, que procesan nuestro sentido de orientación y conocimiento de uno mismo, disminuyen casi por completo su actividad. También baja la actividad de la amígdala, una región involucrada en el proceso del miedo. A medida que la tecnología de neuroimágenes avanza y los tests cognitivos sean cada vez más sofisticados, podremos discriminar, del mismo modo, cómo las sensibilidades creativas y religiosas interactúan.

Existe evidencia de que las personas creyentes viven más y mejor. Algunos investigadores sugieren que podría en esto haber una ventaja evolutiva, ya que no se trata necesariamente de creer en tal o cual sentido, sino en poseer un cerebro con capacidad para tener fe. Pero aunque los científicos avancen en esta área, posiblemente nunca resuelvan el gran dilema: si nuestras conexiones en el cerebro crean a Dios o si Dios crea nuestras conexiones cerebrales.

Creer

Implicancias y compromiso para el 2011

Tomás Mackey
 Coordinador de la Fraternidad Pastoral
 de la Asociación Bautista Argentina

2 Corintios 8: 1-7; 9: 10-11; 10: 15; 2 Tesalonicenses 1: 3; Hechos 6: 7; 12: 24; 19: 20; Colosenses 1: 6, 10; 2 Pedro 3: 18.

El crecimiento en la vida de los creyentes y en la de las comunidades eclesiales evidencia la salud que poseen.

El libro de Hechos y las epístolas abundan en referencias al crecimiento que, como consecuencia de conocer más profundamente a Dios y como resultado de experimentar la predicación, el estudio y la puesta en práctica de la Palabra del Señor, debe esperarse de las personas y las iglesias.

Creer implica varias acciones, tales como:

1. Creer implica desarrollar la fe.

2 Corintios 10:15

No nos gloriamos desmedidamente en trabajos ajenos, sino que esperamos que conforme crezca vuestra fe seremos muy engrandecidos entre vosotros, conforme a nuestra regla; 2 Tesalonicenses 1:3

Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás;

2. Creer implica aumentar el número de discípulos.

Hechos 6:7

Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.

3. Creer implica influir poderosamente sobre más y más personas.

Hechos 19:20

Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor. Colosenses 1:6

que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad, ...

4. Creer implica profundizar el efecto positivo de la palabra de Dios en la vida de los creyentes, en la vida de las iglesias y en el mundo.

Hechos 6:7

Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.

Hechos 12:24

Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba.

5. Creer implica profundizar el conocimiento de Dios.

Colosenses 1: 10

para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios;

2 Pedro 3:18

Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

6. Creer implica abundar en el amor de los unos para con los otros.

2 Tesalonicenses 1:3

Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás;

7. Creer implica enriquecer la actitud generosa con la que debemos vivir.

2 Corintios 9:10

Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, 11 para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios.

El compromiso de creer.

Luego de analizar el significativo énfasis que la Palabra de Dios realiza sobre el crecimiento:

Al iniciar un nuevo año asumo el compromiso siguiente:

- Creer en el conocimiento de las fuentes que producen todo el bien de Dios, y en las herramientas para ejecutarlo.
- Creer en los frutos que produzco, trabajando para que sean más y mejores.
- Creer en el "conocimiento de" y en la "puesta en práctica de" los dones que Dios me ha dado.
- Creer en mi auto-conocimiento y en la forma de hacerme cargo de quién soy y de las acciones que realizo.
- Creer en el esfuerzo personal que realizo.
- Creer en las correcciones personales que debo realizar.
- Creer en el mejor conocimiento de los demás, aprendiendo a valorarlos mejor.
- Creer en mi relacionamiento con los demás y con la creación de Dios.
- Creer en el estudio y aplicación de la Palabra de Dios.
- Creer en mi comunión con Dios.
- Creer en la implementación de la fe en todos los espacios en donde me muevo.
- Creer en la comprensión de la ética cristiana, y en la fortaleza necesaria para su instrumentación.
- Creer en la difusión y extensión del Evangelio.
- Creer en influencia positiva, ofreciendo cada vez más un mejor modelo de vida cristiana.
- Creer en el involucramiento en la iglesia, asumiendo responsabilidades con amor y en actitud servicial.
- Creer en la profundidad con que amo.
- Creer en mi generosidad como persona, Tanto materialmente. Como subjetiva y espiritualmente.